



# MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo IV de Adviento

Santo Evangelio

San Lucas III, 1-6

*El año décimo quinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitides, y Lisaniás tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. El cual, obedeciendo al instante, vino por toda la ribera del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados; como está escrito en el libro de los vaticinios del profeta Isaías: Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad su sendas; todo Valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado; y así los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados. Y verán todos los hombres al Salvador enviado de Dios.*

## COMENTARIO

Próximo ya el día de Navidad, con mucha oportunidad presenta la Iglesia a la consideración de los fieles la predicación del Bautista, cuando saliendo de la región del desierto, vino a las riberas del Jordán para predicar el bautismo de penitencia para preparar los caminos del Señor.

También nosotros debemos preparar nuestras almas para el advenimiento

to a ellas del Niño Jesús y ninguna preparación mejor que la penitencia que predicó San Juan, en la cual, no tanto se entiende la austeridad de la vida de San Juan en el desierto, que seguramente pondría espanto a los cristianos de ahora, acostumbrados a una vida tan muelle y tan sensual como la que llevan; sino la penitencia de los pecados, porque el Señor, que se aviene con la pobreza y con la orfandad, naciendo de unos padres pobres y en un Portal miserable, no puede avenirse con el pecado ni entrar en un corazón manchado.

Pero la sola limpieza del pecado no sería conveniente preparación de nuestras almas, si no las adornásemos de virtudes, como no nos contentamos cuando recibimos a un huésped de consideración con limpiar la casa, sino que la decoramos con los mejores muebles y los más suntuosos adornos y esto es lo que debemos hacer también en nuestras almas para recibir al Niño Jesús.

Tres son las virtudes que predicaba S. Juan para recibir al Señor, a saber: la humildad significada en el allanamiento de los montes que son símbolo de la soberbia, la rectitud de intención en todas nuestras obras y la austeridad y mortificación significados en el enderezamiento de los caminos tortuosos y el allanamiento de los escabrosos.

Estas fueron también las virtudes en que sobresalió el Precursor y que también practicó con gran perfección el Niño de Belén.

## Circular del Excmo. Prelado para el cumplimiento de la Encíclica del Papa

Después de escuchar, amadísimos Hijos, las palabras del Papa, tan llenas de paternal ternura para todos, pero especialísimamente para los niños, para los pobres y para los obreros, sería en nosotros un atravimiento y una profanación el añadir cualquier comentario.

Pero es el mismo Romano Pontífice quien nos manda que de palabra y por escrito expliquemos su pensamiento a todos nuestros diocesanos; y ante su requerimiento no nos es lícito callar. Tanto más cuanto que la necesidad misma de tantos pobrecitos nos aguijonea para que no perdonemos medio alguno en orden a aminorar tanta miseria.

¿Cómo no sentir el corazón desgarrado al ver contraídos por el dolor y el hambre esos rostros infantiles que a toda hora debieran dejar oír el cascabelo de sus risas ingenuas, sin conocer jamás otra preocupación que la de sus juegos inocentes? ¿Cómo no prestarse a cualquier sacrificio con tal de conseguir que jueguen alegres y rían satisfechos? ¡Ah! no sería tan frecuente y tan lastimero aquel espectáculo, si la dureza y el frío del oro no hubiera insensibilizado a tal extremo el corazón de aquellos ricos, que, olvidándose de la estrechísima cuenta que han de dar muy pronto a Dios de la administración avariciosa de sus riquezas, sólo piensan en acrecentarla hasta un límite monstruoso; en satisfacer sus vanidades, sus gustos y caprichos, como si para ellos solos hubiera Dios hecho la tierra fecunda, benéfica la lluvia y acariciador el sol. El solo pensamiento de que hubiera en el mundo algún pobre niño, que teniendo un padre honrado y trabajador, sintiera sus entrañas atenaceadas por el hambre, debiera bastar a esos ricos para amargarles los más exquisitos manjares y nublarles los cielos más diáfanos.

No creo que existan en nuestra diócesis corazones así deformados por la ambición y por el olvido de la caridad de Cristo. Aunque haya, como necesariamente tiene que haber en todas partes, conforme a la palabra infalible de Cristo, pobres y ricos; pero es entre nosotros desconocido el tipo del millonario que realiza negocios fabulosos con especulaciones bancarias y comerciales, sin reparar en la ruina de sus competidores, ni en la injusticia de sus métodos de explotación.

Es más bien esa de igualdad, fruto acumulado de herencia legítimas, de industria ingeniosa y de trabajo fecundo y afortunado; aunque también acaso—¿por qué ocultarlo ni negarlo?—de la poco equitativa distribución en las ganancias, que lamentaba Pío XI en su Encíclica QUADRAGESIMO ANNO.

Que no es justo ni razonable adjudicar al capital al talento director, al dominio del instrumental, sobre todo cuando no hay riesgos apreciables, una inmensa parte de la ganancia, y dejar en cambio al trabajo manual sólo una pequeñísima parte. No es cristiano que unos pocos monopolicen el disfrute de todas las ventajas, y una inmensa muchedumbre, muy semejante a los esclavos, se vea sistemáticamente imposibilitada de elevar su situación económica, no sólo no pudiendo aspirar a un mínimo de bienestar, sino ni aún siquiera a satisfacer sus necesidades más elementales.

Por eso el primer remedio que debe ponerse a la crisis económica, es la distribución más justa de las ganancias dando al obrero tales jornales que basten, no sólo a satisfacer sus personales necesidades económicas presentes y las de su familia, sino a prevenirse con un pródigo ahorro para un futuro de dolorosas contingencias. Claro que esto supone en el rico que no mantenga baldías sus posesiones, sino que las explote con prudentes arrestos. Mas por lo mismo supone en el obrero una

obligada fidelidad en la prestación de su trabajo; porque no es conveniente al patrono ni al obrero que los ingresos se vean dolorosamente mermados; ni es posible que trabajando poco y mal pueda una explotación cualquiera rendir ganancias bastantes para repartir en abundancia; ni es justo que las escasas ganancias obtenidas por un trabajo deficiente vayan todas a recompensar la mano de obra con ruina segura para el capital. Lo útil, lo justo, lo razonable es que el obrero trabaje bien y que sea bien remunerado. Que el trabajo y el capital, en vez de luchar como enemigos, se abracen y ayuden como hermanos. Así el bienestar, la paz y la abundancia favorecerán por igual al patrono y al obrero, sin perjuicio para unos ni para otros. De lo contrario, si el obrero reclama para sí más ganancia de la que produce, inevitablemente el patrono habrá de abandonar con razón la empresa, y el perjuicio será común para todos, sí, pero mucho más sensible para el pobre que, teniendo menos medios de resistencia, sucumbirá más pronto.

A este remedio debe seguir o acompañar el uso recto de las ganancias a í en los pobres como en los ricos. Porque un jornalero, por copioso que sea su salario, no gozará nunca de completo bienestar, si en vez de mantenerse dentro de la moderación debida, se lanza a disfrutar locamente de cuantos goces y pasatiempos le presenten los explotadores de su pobreza; ni tendrá paz en el hogar, si el juego le empobrece y el vicio y la impiedad secan en su corazón las fuentes del cariño familiar y de la piedad cristiana. No son las riquezas la única finalidad del hombre sobre la tierra, como predicen tantos voceros de la impiedad materialista, sino la práctica de la virtud para conseguir el cielo. Ni es verdad que las riquezas ahuyenten todas las desgracias; antes al contrario, las atraen lo mismo en el orden físico que en el moral que en el social.

Y un rico, por muchos teatros que

frecuente, por muchas ciudades que visite, por muchos mil ones que despilfurre, no hallará jamás el gusto de una vida satisfecha, ni la paz y el sosiego de una conciencia tranquila.

Con esa caridad y esa moderación, o no surgiría las crisis económica o una vez producida, no tardarí más tiempo en desaparecer que el indispensable para ponerse en contacto. Como el nivel de dos depósitos inmediatos de agua no tarda á más tiempo en igualarse que el necesario para ir pasando el agua de uno a otro, una vez que se haya establecido la comunicación.

Que paguen, pues, los ricos muchos y buenos jornales con que los obreros puedan no sólo acallar el hambre de su casa, sino defenderse de los rigores del tiempo y prevenirse para las acometidas de la enfermedad y de la vejez; pero que los obreros por su parte ganen también esos jornales con un trabajo fiel y a conciencia. No se vea jamás en el obrero la idea de perjudicar deliberadamente a su patrono, restándole a su trabajo tiempo, intensidad o eficacia; ni mucho menos esas aviesas intenciones que se dicen realizadas en algunas partes, de destrozar despiadadamente á boles, co echas, animales o fincas, sin provecho alguno para nadie y con perjuicios incalculables para todos, puesto que ni la vid destrozada dará racimos para el obrero, ni la oveja muerta le dará leche, ni la casa incendiada, albergue.

Los que tal hagan, nada tienen ciertamente de cristianos en su corazón; son completamente paganos, que desconocen el primero y más grande de los preceptos de Jesucristo, que es: «Amaos los unos a los otros».

(Concluirá)





Primer aniversario

LA SEÑORITA

**Julia Redondo Navarrete**

de esta feligresía

falleció el 27 de Diciembre de 1930

a los 29 años de edad

habiendo recibido los auxilios espirituales

**R. I. C.**

Su afligida madre D.<sup>a</sup> Juana; su tía doña María Garzón, viuda de Pernía; hermanos D. Alejandro, D. Manuel y D.<sup>a</sup> Mercedes; sobrina Amalia García Redondo; hermana política D.<sup>a</sup> Mercedes Jiménez; tíos, primos y demás parientes y amigos, y la Hoja Parroquial,

*Piden una oración por su alma.*

El Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis concede 50 días de indulgencia en la forma acostumbrada.

## MOVIMIENTO PARROQUIAL

### BAUTIZADOS

Día 29.—Daniela Núñez Gutiérrez, de Desiderio y Concepción.

Día 30.—Ramón del Amo Nevado, de Ramón y Martina.

Día 6.—Máxima Chacón Cordero, de Modesto y Pilar.

Día 9.—Sinforiana Roa Jiménez, de Lucio y Juana.

Francisca Claver-Maestu, de don Vicente y doña Juana.

Día 11.—Pedro Royo García, Vicente y Nicolasa.

Modesta, Fidela y Amelia Simón Granada García, de don Joaquín y doña Amelia.

Día 13.—Mercedes Martín Martín, de Leopoldo y Concepción.

Día 15.—Juana Expósito Jorge de Miguel y Casimira.

Día 18.—Mercedes Pareja-Obregun Posse, de don Juan de Dios doña María.

### CASADOS

Día 13.—Juan Mateos Izquierdo y Filomena Sevilla de Sande.

### DIFUNTOS

Día 29.—Ignacio Pacheco Carretero, de 65 años, casado. Recibió el santo sacramento de la Extremaunción.

Día 5.—Francisca Guerra Martín, casada, de 46 años. Recibió los santos sacramentos de la Penitencia y Extremaunción.

Roguemos a Dios por sus almas.

Día 9.—Manuela Floriano López de 5 meses, hija de don Santos y D.<sup>a</sup> Marina.

Día 13.—Sinforiana Roa Jiménez, de 20 días, hija de Lucio y Juana.

Día 14.—Francisco Salgado Gómez de 3 meses, hijo de Manuel y Antonia.

Juan Bravo Bello, de 8 meses, hijo de Diego y Elena.

Día 16.—Salvador Padillo Gutiérrez, de 3 meses, hijo de don Salvador y doña África.